

...hemos ahora a un detalle de la vida y personalidad de Monsiñor Sanabria, por el cual aun aquellos para quienes lo estrictamente religioso no tiene importancia, le recuerdan con resaca eterna su admiración. Aunque en el campo puramente eclesiástico no hubiera hecho realizaciones como las que efectuó, aunque su destino no hubiera sido ocupar la sede arzobispal de San José y hubiera quedado simplemente como el Padre Sanabria, su actividad notable en historiografía sería suficiente credencial para ocupar un lugar eminente entre los investigadores de Costa Rica.

Para dedicarse a esas labores contaba con dos facultades imprescindibles cuando se deses para a los términos en que el realizó sus trabajos históricos: un talento extraordinario y una capacidad de trabajo inagotable.

Si nos ponemos a pensar sería inútil como se las arregó Monsiñor Sanabria para coordinar una existencia relativamente corta con actividades pastorales y con sus labores de investigación, la solución tardó en llegar. Por que no se trata de obras cortas, medioderamente escritas, o de simples folletos o artículos para ser vistas y periódicos. Son verdaderas plantillas de investigación benedictina, en las cuales, aun cu medio de las falas que tienen, el exhaustivo tratamiento de los temas se extiende a los más ínfimos detalles, muchos de los cuales requirieron para su escritura el empleo de rigurosos y agotantes procedimientos de estudio de la bibliografía y la documentación correspondientes.

Todo esto, sumado a la redacción de las frecuentes pastorales; sumado a la correspondencia personal, en la cual se encierran cartas hasta de cinco y seis cuartillas a máquina y a renglón seguido; las extensas y continuas declaraciones a la prensa, donde nada está fuera de lugar, antes bien revela una capacidad intelectual privilegiada; sermones, conferencias, etc., producen verdaderas maravillas a quien estudia esa obra de cerca.

Más aún cuando el autor de todo ello era un hombre cuyo ministerio sacerdotal le imponía toda una larga serie de deberes por cumplir y la atención a sus obligaciones a donde iban sus más graves asuntos religiosos y hasta civiles en busca de una solución adecuada.

En él dijo Monsiñor Hidalgo al fin de sus funerales el Monsiñor Sanabria: "Le daba la cruz para todo".

Cuando empezó exactamente la afición literaria de Monsiñor Sanabria, no podemos precisar; pero lo cierto es que ya desde su juventud, al dar apenas sus primeros pasos en el sacerdocio, su manera de escribir correcta y personalísima fue notable. Sus datos de latinista fueron prontamente aprovechados por Monsiñor Castro, uno de los más notables conocedores de la lengua clásica en Costa Rica, y el P. Sanabria encargó buena parte de la redacción de los Estatutos Sinodales de 1924. De este conocimiento del latín, le vino quizá el dominio de la lengua castellana, la cual enseñó a entera satisfacción por algún tiempo en el Colegio Seminario.

Difficil es para un clérigo meterse en asuntos literarios sin peligro de ser criticado según el género que elija; la novedad, el interés, el estudio, son campos en los cuales hay para el sacerdote buen número de restricciones, a no ser que su habilidad le saque con bien, o se limite a producir dentro de ciertas normas pre establecidas.

La historia, en cambio, don-

Monsiñor Sanabria y la interpretación histórica

Ricardo Blanco Segura

* el 17 de enero de 1898

de Monsiñor Sanabria es su manera de tratar la sintaxis. En todos, o en casi todos sus libros se nota el propósito de ir acomodando las palabras en frases correlativas, formando en consecuencia períodos extensos dentro de los cuales se maneja a base de muy muchos nombres en relación con una sola preposición o con una sola conjunción. Este modo de proceder, algunas veces complicado, hace de sus escritos lo que Francisco MR Nuñez llama "Prosas fluidas, tersas, algunas afeitadas, pero todas en fino cascabelano".

† el 8 de junio de 1952

Después del aporte que a la historia eclesiástica había dado Monsiñor Thiel, aporte enriquecido en parte por Monsiñor Stork, muy pocos entre los clérigos se habían interesado por continuar y ampliar la obra de aquél año y de cual hizo el Sr. Rosendo de J. Valenzuela; alguna breve reseña hecha por otro sacerdote sobre una iglesia o una parroquia, consistían lo más novedoso; y más hicieron por su lado siglos como don Eladio Prado, don Cleto González Víquez, el primero enemistado a los temas mariológicos o franciscanos, y el segundo aclarado en más de una oportunidad conceptos errados de los teólogos.

El Padre Sanabria, bibliotecario y archivero de la curia se propuso hacer una labor cuyos frutos fueron el esclarecimiento amplio de la historia y un largo estudio crítico de la misma.

Como redactor del "Mensajero del Clero" dejó allí diseminados muchos estudios cortos e especialmente sobre personalidades de nuestra historia civil y eclesiástica y alguna que otra aclaración documental de errores anteriormente aceptados. Primeramente en el año 1900. A partir de este año empezaron los datos cronológicos para la Historia Eclesiástica de Costa Rica, continuación de los de Monsiñor Thiel y Monsiñor Stork. Los datos del primero llegaban hasta el año 1778; los de Monsiñor Sanabria hasta el año 1900. A partir de este año empezaron los datos de Monsiñor Sanabria cuyo propósito era extender su trabajo hasta 1950, año de la erección de la diócesis de San José cubriendo así totalmente el período colonial y el independiente.

La publicación de estos datos la empezó en el folletín de la revista "Cultura Católica" en 1927.

"Mi trabajo —dice en la nota introductoria— por desdichado que me parezca, no es exactamente mucho menos perfecto; más cree el señor director de "Cultura Católica" que puede ser útil a los lectores de la revista de su dirección y por eso me atrevo a introducirme por estos trigos que desearía nunca habían sido los preferidos de mis estudios".

Del contenido de esta última frase, concluimos que al aludir el P. Sanabria a "sus estudios" hacía referencia a los suyos propios, o más exactamente vocacionales. Esta advertencia se manifiesta indirectamente en casi todo el resto de su obra y en la mayoría de los prólogos de sus libros, desliza siempre un intento de excusa por ser un clérigo quien escribe y por creer que no debería hacerlos.

Se manifiesta indirectamente en casi todo el resto de su obra y en la mayoría de los prólogos de sus libros, desliza siempre un intento de excusa por ser un clérigo quien escribe y por creer que no debería hacerlos.

Este empeño por enderezar de antemano Intenciones descaminadas, le llevó a veces a expresar, se con cierta dureza, algo innecesario. Véanse por ejemplo los últimos párrafos del prólogo a la "Primera Vacante", en los cuales, les anatematiza a quienes se permitían mal interpretar sus palabras, invitándolos a atarse una piedra al cuello y echarse al mar. Eso no le impidió abordar los puntos más delicados sin temor de ninguna parte y Arrojando todas las consecuencias posibles de una aseveración suya hecha con firme base documental y lógica. Prefirió que sus obras se publicaran viviendo él, para no aparecer, como dice en el prólogo a la biografía de Monsiñor Thiel, como los querremos partos lanzando dardos después de muertos.

Es admirable el sentido crítico de las obras de Monsiñor Sanabria, que le permitía emitir con toda seguridad su opinión sobre todo, cada época sin temor a un riesgo del cual no saliera muy bien librado. Y esta cualidad resultaba más admirable por cuanto muchas veces, con tanta paladinidad, defendió al ser de punto de vista diametralmente opuestos a sus propias convicciones, en honor a la verdad histórica. Colocaba cada cosa en su sitio sin el apasionamiento ofuscante que ha llevado a muchos historiadores, particularmente eclesiásticos, a libertarse a lo que comúnmente se llama acarrear aguas a su molino.

Sus juicios como historiador acerca del liberalismo y la monarquía son insuperables, porque sitúan en su responsabilidad histórica debida a esas modalidades del pensamiento en su justo lugar, e inclusive cuando se trata de eximir ex justitia a las más de alguna culpabilidad inmensa, lo hace decidido y franco. Pero está que leyendo sus obras con la atención de que su autor es un clérigo, podrían encontrar se algunos atisbos de parcialidad o leve inclinación del patillo hacia su propio lado; pero generalizando, lo hace decidido y franco. Pero está que leyendo sus obras con la atención de que su autor es un clérigo, podrían encontrar se algunos atisbos de parcialidad o leve inclinación del patillo hacia su propio lado; pero generalizando, lo hace decidido y franco.

Como cultivador de un género determinado dentro de la historiografía, es difícil situar y limitarla a Monsiñor Sanabria. En mismo en casi todos sus libros, pero lo cierto es que él mismo se define como un "historiador". Si lo fue, y plenamente, para él mismo fue producto de la efectividad de su misma obra.

"Ni somos literatos ni historiadores —dice en el prólogo de "Anselmo Lorente"—; de aquellos apenas sabemos lo necesario para que se nos entienda, en esto no somos más que unos de aquellos".

Y este detalle se repite en casi todos los prólogos de sus obras. Se consideraba antes que nada sacerdote y obispo, teólogo y pastor de almas; la cuestión de la historia la consideraba más como una obligación que como un interés. Esta circunstancia lo hace aparecer casi siempre en una actitud defensiva, dentro de la cual mide y calcula las posibles consecuencias que de una opinión suya externada en sus libros podrían tener.

Hay en su manera de escribir y tratar los temas históricos la marcada tendencia a dar excusas antes de que se las pidan, dando por supuestas torcidas interpretaciones que a su condición primordial de sacerdote y pasado no convertidos, por consiguiente Monsiñor Lorente y Monsiñor Thiel son objetivos apreciadores de su momento histórico visto a través de los mismos.

De la biografía de Monsiñor Thiel dice Abelardo Bonilla (I.O.) en su "Historia y Antología de los años del siglo pasado...":

... es que precisamente sobre la biografía del segundo obispo de Costa Rica, se imponía en ese libro el estudio general que de su época hace Monsiñor Sanabria. La falla lamentable en las obras del gran arzobispo, reside en su falta de método para escribir, que da por resultado cierto desorden inconveniente para la adecuada filiación del tema. Las apremiantes obligaciones de su alta posición y tal vez su mismo temperamento nervioso y dinámico, puede ser que influyeran en este aspecto. Lo cierto es que basta conocer su mismo material particular de trabajo para verse en un laberinto donde el hilo le atrinada se rompe a la entrada. En el Archivo Eclesiástico don Santos José se conserva gran parte de ese material integrado por una cantidad considerable de apuntes, hojas sueltas, notas, documentos de todas las épocas, manuscritos de sus libros, folletos, etc., y algunos apuntes en páptica que todos copiaré. Agregando a esto la creencia, tancia de que Monsiñor Sanabria tenía una letra sumamente complicada, a veces totalmente ilegible, se puede comprender que existiera todo un mundo de dificultades que no siempre resultaba una labor muy grata.

Como se las arregló el arzobispo para hacer uso de aquel caos de datos y papeles, y más que nada, para encontrar algún apunte existente, sólo el lector podría decirlo. Sin embargo, sobre exactamente cómo trató cada cosa y sin necesidad de tenerlos o sus temas similares, acudía a sus fuentes directamente. Solía ir al archivo o al archivo o al cuarto de trabajo en la casa arzobispal, y allí, depositado a veces de la sotana y de sus atuendos episcopales, colocaba en derredor suyo toda aquella papelería, en el suelo y en mesas y empezaba a hacer apuntes, en un momento se trataba de tener a mano el más acabado y perfecto fichero. De allí salían aquellas obras por las cuales se ha immortalizado entre nuestros hombres de letras.

El recuerdo, probablemente dicho reflejado en sus obras reside en la frecuencia de que él mismo tenía a otro y el tratamiento de los mismos por capítulos en la historiografía, es difícil situar y limitarla a Monsiñor Sanabria.

En el mismo en casi todos sus libros, pero lo cierto es que él mismo se define como un "historiador". Si lo fue, y plenamente, para él mismo fue producto de la efectividad de su misma obra.

"Ni somos literatos ni historiadores —dice en el prólogo de "Anselmo Lorente"—; de aquellos apenas sabemos lo necesario para que se nos entienda, en esto no somos más que unos de aquellos".

Y este detalle se repite en casi todos los prólogos de sus obras. Se consideraba antes que nada sacerdote y obispo, teólogo y pastor de almas; la cuestión de la historia la consideraba más como una obligación que como un interés. Esta circunstancia lo hace aparecer casi siempre en una actitud defensiva, dentro de la cual mide y calcula las posibles consecuencias que de una opinión suya externada en sus libros podrían tener.

Hay en su manera de escribir y tratar los temas históricos la marcada tendencia a dar excusas antes de que se las pidan, dando por supuestas torcidas interpretaciones que a su condición primordial de sacerdote y pasado no convertidos, por consiguiente Monsiñor Lorente y Monsiñor Thiel son objetivos apreciadores de su momento histórico visto a través de los mismos.

De la biografía de Monsiñor Thiel dice Abelardo Bonilla (I.O.) en su "Historia y Antología de los años del siglo pasado...":

... es que precisamente sobre la biografía del segundo obispo de Costa Rica, se imponía en ese libro el estudio general que de su época hace Monsiñor Sanabria. La falla lamentable en las obras del gran arzobispo, reside en su falta de método para escribir, que da por resultado cierto desorden inconveniente para la adecuada filiación del tema. Las apremiantes obligaciones de su alta posición y tal vez su mismo temperamento nervioso y dinámico, puede ser que influyeran en este aspecto. Lo cierto es que basta conocer su mismo material particular de trabajo para verse en un laberinto donde el hilo le atrinada se rompe a la entrada. En el Archivo Eclesiástico don Santos José se conserva gran parte de ese material integrado por una cantidad considerable de apuntes, hojas sueltas, notas, documentos de todas las épocas, manuscritos de sus libros, folletos, etc., y algunos apuntes en páptica que todos copiaré. Agregando a esto la creencia, tancia de que Monsiñor Sanabria tenía una letra sumamente complicada, a veces totalmente ilegible, se puede comprender que existiera todo un mundo de dificultades que no siempre resultaba una labor muy grata.

Como se las arregló el arzobispo para hacer uso de aquel caos de datos y papeles, y más que nada, para encontrar algún apunte existente, sólo el lector podría decirlo. Sin embargo, sobre exactamente cómo trató cada cosa y sin necesidad de tenerlos o sus temas similares, acudía a sus fuentes directamente. Solía ir al archivo o al archivo o al cuarto de trabajo en la casa arzobispal, y allí, depositado a veces de la sotana y de sus atuendos episcopales, colocaba en derredor suyo toda aquella papelería, en el suelo y en mesas y empezaba a hacer apuntes, en un momento se trataba de tener a mano el más acabado y perfecto fichero. De allí salían aquellas obras por las cuales se ha immortalizado entre nuestros hombres de letras.

El recuerdo, probablemente dicho reflejado en sus obras reside en la frecuencia de que él mismo tenía a otro y el tratamiento de los mismos por capítulos en la historiografía, es difícil situar y limitarla a Monsiñor Sanabria.

... es que precisamente sobre la biografía del segundo obispo de Costa Rica, se imponía en ese libro el estudio general que de su época hace Monsiñor Sanabria. La falla lamentable en las obras del gran arzobispo, reside en su falta de método para escribir, que da por resultado cierto desorden inconveniente para la adecuada filiación del tema. Las apremiantes obligaciones de su alta posición y tal vez su mismo temperamento nervioso y dinámico, puede ser que influyeran en este aspecto. Lo cierto es que basta conocer su mismo material particular de trabajo para verse en un laberinto donde el hilo le atrinada se rompe a la entrada. En el Archivo Eclesiástico don Santos José se conserva gran parte de ese material integrado por una cantidad considerable de apuntes, hojas sueltas, notas, documentos de todas las épocas, manuscritos de sus libros, folletos, etc., y algunos apuntes en páptica que todos copiaré. Agregando a esto la creencia, tancia de que Monsiñor Sanabria tenía una letra sumamente complicada, a veces totalmente ilegible, se puede comprender que existiera todo un mundo de dificultades que no siempre resultaba una labor muy grata.

Como se las arregló el arzobispo para hacer uso de aquel caos de datos y papeles, y más que nada, para encontrar algún apunte existente, sólo el lector podría decirlo. Sin embargo, sobre exactamente cómo trató cada cosa y sin necesidad de tenerlos o sus temas similares, acudía a sus fuentes directamente. Solía ir al archivo o al archivo o al cuarto de trabajo en la casa arzobispal, y allí, depositado a veces de la sotana y de sus atuendos episcopales, colocaba en derredor suyo toda aquella papelería, en el suelo y en mesas y empezaba a hacer apuntes, en un momento se trataba de tener a mano el más acabado y perfecto fichero. De allí salían aquellas obras por las cuales se ha immortalizado entre nuestros hombres de letras.

El recuerdo, probablemente dicho reflejado en sus obras reside en la frecuencia de que él mismo tenía a otro y el tratamiento de los mismos por capítulos en la historiografía, es difícil situar y limitarla a Monsiñor Sanabria.

podría decirse en relación al mismo asunto como verdadera novedad. Es como si le hubiera acaosado el hecho de que alguno de los aspectos hubiera quedado oscuro o que el lector pudiera preguntarse en determinado pasaje: bien, ¿y de esto por qué no dice nada? Tanto es así que muchas veces en una simple nota ad calce, entablándose entre nuestros más galanos escritores, enocador perfecto de la lengua castellana y estilista consumado. Hay a este temor mucha tela que cortar, no con el fin de restarle méritos sino de colocar al sujeto de tales prácticas en el justo lugar que la oración demanda.

Abelardo Bonilla, en su "Historia y Antología de la Literatura Costarricense", ya citada, dice categoricamente:

"Monsiñor Sanabria no es un estilista. En sus escritos oficiales como autor, emplea un lenguaje intelectualmente construido, elevado y docto, pero muy indirecto. Como historiador, en sus escritos extensos, no se cuidó mucho de la forma".

Vemos, analizando con justicia, el veraz contenido de esa afirmación.

¿Qué es el estilo propiamente dicho? El Diccionario de la Academia de la Lengua, lo define así:

"Manera de escribir o de hablar, no por lo que contiene las palabras, sino por el modo de combinar y enlazar los giros, frases y cláusulas o períodos para expresar los conceptos...".

Tal es la definición de la Academia, citada especialmente de nuestra parte para quienes la doctrina institucional es sinónimo de orgullo. No muy lejos pretengamos andar nosotros, por demás bien poco ajenos con profundidad académica, en el concepto de "estilismo" que al que más a ser algo así como la característica especial que un autor imprime a sus obras en el modo de redactarlas.

De tal manera que leyendo un trozo de tal o cual obra, pueda decirse: esto es de fulano o de Zutano, porque precisamente tiene características en el modo de formar las oraciones, uso de los adjetivos, pronombres, etc., que distingan al autor.

Si creemos que Monsiñor Sanabria tiene un estilo bastante definido y particularísimo, en todo de acuerdo con la definición académica y la nuestra propia.

Basta una lectura detenida de los libros del arzobispo para dar se cuenta de que ese "modo de formar y coordinar" en él es muy personal. Cuando Bonilla Baldres dice que no es un estilista, es muy probable que lo haga, tal vez queriendo decir que no se dio al extremo de que fueran dados a seguir o cosa parecida, a la manera de un Fray Luis de León, o bien en relación con los errores de índole puramente gramatical que pueden encontrarse en los libros de este prelado. Pero tal es el concepto del autor en el punto de los límites a que se cifre la idea de lo que es estilo según la definición que hemos traído en auxilio de estas afirmaciones.

Los más característicos del estilo

de Monsiñor Sanabria es su manera de tratar la sintaxis. En todos, o en casi todos sus libros se nota el propósito de ir acomodando las palabras en frases correlativas, formando en consecuencia períodos extensos dentro de los cuales se maneja a base de muy muchos nombres en relación con una sola preposición o con una sola conjunción. Este modo de proceder, algunas veces complicado, hace de sus escritos lo que Francisco MR Nuñez llama "Prosas fluidas, tersas, algunas afeitadas, pero todas en fino cascabelano".

Después del aporte que a la historia eclesiástica había dado Monsiñor Thiel, aporte enriquecido en parte por Monsiñor Stork, muy pocos entre los clérigos se habían interesado por continuar y ampliar la obra de aquél año y de cual hizo el Sr. Rosendo de J. Valenzuela; alguna breve reseña hecha por otro sacerdote sobre una iglesia o una parroquia, consistían lo más novedoso; y más hicieron por su lado siglos como don Eladio Prado, don Cleto González Víquez, el primero enemistado a los temas mariológicos o franciscanos, y el segundo aclarado en más de una oportunidad conceptos errados de los teólogos.

El Padre Sanabria, bibliotecario y archivero de la curia se propuso hacer una labor cuyos frutos fueron el esclarecimiento amplio de la historia y un largo estudio crítico de la misma.

Como redactor del "Mensajero del Clero" dejó allí diseminados muchos estudios cortos e especialmente sobre personalidades de nuestra historia civil y eclesiástica y alguna que otra aclaración documental de errores anteriormente aceptados. Primeramente en el año 1900. A partir de este año empezaron los datos cronológicos para la Historia Eclesiástica de Costa Rica, continuación de los de Monsiñor Thiel y Monsiñor Stork. Los datos del primero llegaban hasta el año 1778; los de Monsiñor Sanabria hasta el año 1900. A partir de este año empezaron los datos de Monsiñor Sanabria cuyo propósito era extender su trabajo hasta 1950, año de la erección de la diócesis de San José cubriendo así totalmente el período colonial y el independiente.

La publicación de estos datos la empezó en el folletín de la revista "Cultura Católica" en 1927.

"Mi trabajo —dice en la nota introductoria— por desdichado que me parezca, no es exactamente mucho menos perfecto; más cree el señor director de "Cultura Católica" que puede ser útil a los lectores de la revista de su dirección y por eso me atrevo a introducirme por estos trigos que desearía nunca habían sido los preferidos de mis estudios".

Del contenido de esta última frase, concluimos que al aludir el P. Sanabria a "sus estudios" hacía referencia a los suyos propios, o más exactamente vocacionales. Esta advertencia se manifiesta indirectamente en casi todo el resto de su obra y en la mayoría de los prólogos de sus libros, desliza siempre un intento de excusa por ser un clérigo quien escribe y por creer que no debería hacerlos.

Se manifiesta indirectamente en casi todo el resto de su obra y en la mayoría de los prólogos de sus libros, desliza siempre un intento de excusa por ser un clérigo quien escribe y por creer que no debería hacerlos.

Este empeño por enderezar de antemano Intenciones descaminadas, le llevó a veces a expresar, se con cierta dureza, algo innecesario. Véanse por ejemplo los últimos párrafos del prólogo a la "Primera Vacante", en los cuales, les anatematiza a quienes se permitían mal interpretar sus palabras, invitándolos a atarse una piedra al cuello y echarse al mar. Eso no le impidió abordar los puntos más delicados sin temor de ninguna parte y Arrojando todas las consecuencias posibles de una aseveración suya hecha con firme base documental y lógica. Prefirió que sus obras se publicaran viviendo él, para no aparecer, como dice en el prólogo a la biografía de Monsiñor Thiel, como los querremos partos lanzando dardos después de muertos.

Es admirable el sentido crítico de las obras de Monsiñor Sanabria, que le permitía emitir con toda seguridad su opinión sobre todo, cada época sin temor a un riesgo del cual no saliera muy bien librado. Y esta cualidad resultaba más admirable por cuanto muchas veces, con tanta paladinidad, defendió al ser de punto de vista diametralmente opuestos a sus propias convicciones, en honor a la verdad histórica. Colocaba cada cosa en su sitio sin el apasionamiento ofuscante que ha llevado a muchos historiadores, particularmente eclesiásticos, a libertarse a lo que comúnmente se llama acarrear aguas a su molino.

Sus juicios como historiador acerca del liberalismo y la monarquía son insuperables, porque sitúan en su responsabilidad histórica debida a esas modalidades del pensamiento en su justo lugar, e inclusive cuando se trata de eximir ex justitia a las más de alguna culpabilidad inmensa, lo hace decidido y franco. Pero está que leyendo sus obras con la atención de que su autor es un clérigo, podrían encontrar se algunos atisbos de parcialidad o leve inclinación del patillo hacia su propio lado; pero generalizando, lo hace decidido y franco.

Como cultivador de un género determinado dentro de la historiografía, es difícil situar y limitarla a Monsiñor Sanabria. En mismo en casi todos sus libros, pero lo cierto es que él mismo se define como un "historiador". Si lo fue, y plenamente, para él mismo fue producto de la efectividad de su misma obra.

"Ni somos literatos ni historiadores —dice en el prólogo de "Anselmo Lorente"—; de aquellos apenas sabemos lo necesario para que se nos entienda, en esto no somos más que unos de aquellos".

Y este detalle se repite en casi todos los prólogos de sus obras. Se consideraba antes que nada sacerdote y obispo, teólogo y pastor de almas; la cuestión de la historia la consideraba más como una obligación que como un interés. Esta circunstancia lo hace aparecer casi siempre en una actitud defensiva, dentro de la cual mide y calcula las posibles consecuencias que de una opinión suya externada en sus libros podrían tener.

Hay en su manera de escribir y tratar los temas históricos la marcada tendencia a dar excusas antes de que se las pidan, dando por supuestas torcidas interpretaciones que a su condición primordial de sacerdote y pasado no convertidos, por consiguiente Monsiñor Lorente y Monsiñor Thiel son objetivos apreciadores de su momento histórico visto a través de los mismos.

De la biografía de Monsiñor Thiel dice Abelardo Bonilla (I.O.) en su "Historia y Antología de los años del siglo pasado...":

... es que precisamente sobre la biografía del segundo obispo de Costa Rica, se imponía en ese libro el estudio general que de su época hace Monsiñor Sanabria. La falla lamentable en las obras del gran arzobispo, reside en su falta de método para escribir, que da por resultado cierto desorden inconveniente para la adecuada filiación del tema. Las apremiantes obligaciones de su alta posición y tal vez su mismo temperamento nervioso y dinámico, puede ser que influyeran en este aspecto. Lo cierto es que basta conocer su mismo material particular de trabajo para verse en un laberinto donde el hilo le atrinada se rompe a la entrada. En el Archivo Eclesiástico don Santos José se conserva gran parte de ese material integrado por una cantidad considerable de apuntes, hojas sueltas, notas, documentos de todas las épocas, manuscritos de sus libros, folletos, etc., y algunos apuntes en páptica que todos copiaré. Agregando a esto la creencia, tancia de que Monsiñor Sanabria tenía una letra sumamente complicada, a veces totalmente ilegible, se puede comprender que existiera todo un mundo de dificultades que no siempre resultaba una labor muy grata.

Como se las arregló el arzobispo para hacer uso de aquel caos de datos y papeles, y más que nada, para encontrar algún apunte existente, sólo el lector podría decirlo. Sin embargo, sobre exactamente cómo trató cada cosa y sin necesidad de tenerlos o sus temas similares, acudía a sus fuentes directamente. Solía ir al archivo o al archivo o al cuarto de trabajo en la casa arzobispal, y allí, depositado a veces de la sotana y de sus atuendos episcopales, colocaba en derredor suyo toda aquella papelería, en el suelo y en mesas y empezaba a hacer apuntes, en un momento se trataba de tener a mano el más acabado y perfecto fichero. De allí salían aquellas obras por las cuales se ha immortalizado entre nuestros hombres de letras.

El recuerdo, probablemente dicho reflejado en sus obras reside en la frecuencia de que él mismo tenía a otro y el tratamiento de los mismos por capítulos en la historiografía, es difícil situar y limitarla a Monsiñor Sanabria.

... es que precisamente sobre la biografía del segundo obispo de Costa Rica, se imponía en ese libro el estudio general que de su época hace Monsiñor Sanabria. La falla lamentable en las obras del gran arzobispo, reside en su falta de método para escribir, que da por resultado cierto desorden inconveniente para la adecuada filiación del tema. Las apremiantes obligaciones de su alta posición y tal vez su mismo temperamento nervioso y dinámico, puede ser que influyeran en este aspecto. Lo cierto es que basta conocer su mismo material particular de trabajo para verse en un laberinto donde el hilo le atrinada se rompe a la entrada. En el Archivo Eclesiástico don Santos José se conserva gran parte de ese material integrado por una cantidad considerable de apuntes, hojas sueltas, notas, documentos de todas las épocas, manuscritos de sus libros, folletos, etc., y algunos apuntes en páptica que todos copiaré. Agregando a esto la creencia, tancia de que Monsiñor Sanabria tenía una letra sumamente complicada, a veces totalmente ilegible, se puede comprender que existiera todo un mundo de dificultades que no siempre resultaba una labor muy grata.

Como se las arregló el arzobispo para hacer uso de aquel caos de datos y papeles, y más que nada, para encontrar algún apunte existente, sólo el lector podría decirlo. Sin embargo, sobre exactamente cómo trató cada cosa y sin necesidad de tenerlos o sus temas similares, acudía a sus fuentes directamente. Solía ir al archivo o al archivo o al cuarto de trabajo en la casa arzobispal, y allí, depositado a veces de la sotana y de sus atuendos episcopales, colocaba en derredor suyo toda aquella papelería, en el suelo y en mesas y empezaba a hacer apuntes, en un momento se trataba de tener a mano el más acabado y perfecto fichero. De allí salían aquellas obras por las cuales se ha immortalizado entre nuestros hombres de letras.

El recuerdo, probablemente dicho reflejado en sus obras reside en la frecuencia de que él mismo tenía a otro y el tratamiento de los mismos por capítulos en la historiografía, es difícil situar y limitarla a Monsiñor Sanabria.

... es que precisamente sobre la biografía del segundo obispo de Costa Rica, se imponía en ese libro el estudio general que de su época hace Monsiñor Sanabria. La falla lamentable en las obras del gran arzobispo, reside en su falta de método para escribir, que da por resultado cierto desorden inconveniente para la adecuada filiación del tema. Las apremiantes obligaciones de su alta posición y tal vez su mismo temperamento nervioso y dinámico, puede ser que influyeran en este aspecto. Lo cierto es que basta conocer su mismo material particular de trabajo para verse en un laberinto donde el hilo le atrinada se rompe a la entrada. En el Archivo Eclesiástico don Santos José se conserva gran parte de ese material integrado por una cantidad considerable de apuntes, hojas sueltas, notas, documentos de todas las épocas, manuscritos de sus libros, folletos, etc., y algunos apuntes en páptica que todos copiaré. Agregando a esto la creencia, tancia de que Monsiñor Sanabria tenía una letra sumamente complicada, a veces totalmente ilegible, se puede comprender que existiera todo un mundo de dificultades que no siempre resultaba una labor muy grata.

Como se las arregló el arzobispo para hacer uso de aquel caos de datos y papeles, y más que nada, para encontrar algún apunte existente, sólo el lector podría decirlo. Sin embargo, sobre exactamente cómo trató cada cosa y sin necesidad de tenerlos o sus temas similares, acudía a sus fuentes directamente. Solía ir al archivo o al archivo o al cuarto de trabajo en la casa arzobispal, y allí, depositado a veces de la sotana y de sus atuendos episcopales, colocaba en derredor suyo toda aquella papelería, en el suelo y en mesas y empezaba a hacer apuntes, en un momento se trataba de tener a mano el más acabado y perfecto fichero. De allí salían aquellas obras por las cuales se ha immortalizado entre nuestros hombres de letras.

El recuerdo, probablemente dicho reflejado en sus obras reside en la frecuencia de que él mismo tenía a otro y el tratamiento de los mismos por capítulos en la historiografía, es difícil situar y limitarla a Monsiñor Sanabria.

de Monsiñor Sanabria es su manera de tratar la sintaxis. En todos, o en casi todos sus libros se nota el propósito de ir acomodando las palabras en frases correlativas, formando en consecuencia períodos extensos dentro de los cuales se maneja a base de muy muchos nombres en relación con una sola preposición o con una sola conjunción. Este modo de proceder, algunas veces complicado, hace de sus escritos lo que Francisco MR Nuñez llama "Prosas fluidas, tersas, algunas afeitadas, pero todas en fino cascabelano".

Después del aporte que a la historia eclesiástica había dado Monsiñor Thiel, aporte enriquecido en parte por Monsiñor Stork, muy pocos entre los clérigos se habían interesado por continuar y ampliar la obra de aquél año y de cual hizo el Sr. Rosendo de J. Valenzuela; alguna breve reseña hecha por otro sacerdote sobre una iglesia o una parroquia, consistían lo más novedoso; y más hicieron por su lado siglos como don Eladio Prado, don Cleto González Víquez, el primero enemistado a los temas mariológicos o franciscanos, y el segundo aclarado en más de una oportunidad conceptos errados de los teólogos.

El Padre Sanabria, bibliotecario y archivero de la curia se propuso hacer una labor cuyos frutos fueron el esclarecimiento amplio de la historia y un largo estudio crítico de la misma.

Como redactor del "Mensajero del Clero" dejó allí diseminados muchos estudios cortos e especialmente sobre personalidades de nuestra historia civil y eclesiástica y alguna que otra aclaración documental de errores anteriormente aceptados. Primeramente en el año 1900. A partir de este año empezaron los datos cronológicos para la Historia Eclesiástica de Costa Rica, continuación de los de Monsiñor Thiel y Monsiñor Stork. Los datos del primero llegaban hasta el año 1778; los de Monsiñor Sanabria hasta el año 1900. A partir de este año empezaron los datos de Monsiñor Sanabria cuyo propósito era extender su trabajo hasta 1950, año de la erección de la diócesis de San José cubriendo así totalmente el período colonial y el independiente.

La publicación de estos datos la empezó en el folletín de la revista "Cultura Católica" en 1927.

"Mi trabajo —dice en la nota introductoria— por desdichado que me parezca, no es exactamente mucho menos perfecto; más cree el señor director de "Cultura Católica" que puede ser útil a los lectores de la revista de su dirección y por eso me atrevo a introducirme por estos trigos que desearía nunca habían sido los preferidos de mis estudios".

Del contenido de esta última frase, concluimos que al aludir el P. Sanabria a "sus estudios" hacía referencia a los suyos propios, o más exactamente vocacionales. Esta advertencia se manifiesta indirectamente en casi todo el resto de su obra y en la mayoría de los prólogos de sus libros, desliza siempre un intento de excusa por ser un clérigo quien escribe y por creer que no debería hacerlos.

Se manifiesta indirectamente en casi todo el resto de su obra y en la mayoría de los prólogos de sus libros, desliza siempre un intento de excusa por ser un clérigo quien escribe y por creer que no debería hacerlos.

Este empeño por enderezar de antemano Intenciones descaminadas, le llevó a veces a expresar, se con cierta dureza, algo innecesario. Véanse por ejemplo los últimos párrafos del prólogo a la "Primera Vacante", en los cuales, les anatematiza a quienes se permitían mal interpretar sus palabras, invitándolos a atarse una piedra al cuello y echarse al mar. Eso no le impidió abordar los puntos más delicados sin temor de ninguna parte y Arrojando todas las consecuencias posibles de una aseveración suya hecha con firme base documental y lógica. Prefirió que sus obras se publicaran viviendo él, para no aparecer, como dice en el prólogo a la biografía de Monsiñor Thiel, como los querremos partos lanzando dardos después de muertos.

Es admirable el sentido crítico de las obras de Monsiñor Sanabria, que le permitía emitir con toda seguridad su opinión sobre todo, cada época sin temor a un riesgo del cual no saliera muy bien librado. Y esta cualidad resultaba más admirable por cuanto muchas veces, con tanta paladinidad, defendió al ser de punto de vista diametralmente opuestos a sus propias convicciones, en honor a la verdad histórica. Colocaba cada cosa en su sitio sin el apasionamiento ofuscante que ha llevado a muchos historiadores, particularmente eclesiásticos, a libertarse a lo que comúnmente se llama acarrear aguas a su molino.

Sus juicios como historiador acerca del liberalismo y la monarquía son insuperables, porque sitúan en su responsabilidad histórica debida a esas modalidades del pensamiento en su justo lugar, e inclusive cuando se trata de eximir ex justitia a las más de alguna culpabilidad inmensa, lo hace decidido y franco. Pero está que leyendo sus obras con la atención de que su autor es un clérigo, podrían encontrar se algunos atisbos de parcialidad o leve inclinación del patillo hacia su propio lado; pero generalizando, lo hace decidido y franco.

Como cultivador de un género determinado dentro de la historiografía, es difícil situar y limitarla a Monsiñor Sanabria. En mismo en casi todos sus libros, pero lo cierto es que él mismo se define como un "historiador". Si lo fue, y plenamente, para él mismo fue producto de la efectividad de su misma obra.

"Ni somos literatos ni historiadores —dice en el prólogo de "Anselmo Lorente"—; de aquellos apenas sabemos lo necesario para que se nos entienda, en esto no somos más que unos de aquellos".

Y este detalle se repite en casi todos los prólogos de sus obras. Se consideraba antes que nada sacerdote y obispo, teólogo y pastor de almas; la cuestión de la historia la consideraba más como una obligación que como un interés. Esta circunstancia lo hace aparecer casi siempre en una actitud defensiva, dentro de la cual mide y calcula las posibles consecuencias que de una opinión suya externada en sus libros podrían tener.

Hay en su manera de escribir y tratar los temas históricos la marcada tendencia a dar excusas antes de que se las pidan, dando por supuestas torcidas interpretaciones que a su condición primordial de sacerdote y pasado no convertidos, por consiguiente Monsiñor Lorente y Monsiñor Thiel son objetivos apreciadores de su momento histórico visto a través de los mismos.

De la biografía de Monsiñor Thiel dice Abelardo Bonilla (I.O.) en su "Historia y Antología de los años del siglo pasado...":

... es que precisamente sobre la biografía del segundo obispo de Costa Rica, se imponía en ese libro el estudio general que de su época hace Monsiñor Sanabria. La falla lamentable en las obras del gran arzobispo, reside en su falta de método para escribir, que da por resultado cierto desorden inconveniente para la adecuada filiación del tema. Las apremiantes obligaciones de su alta posición y tal vez su mismo temperamento nervioso y dinámico, puede ser que influyeran en este aspecto. Lo cierto es que basta conocer su mismo material particular de trabajo para verse en un laberinto donde el hilo le atrinada se rompe a la entrada. En el Archivo Eclesiástico don Santos José se conserva gran parte de ese material integrado por una cantidad considerable de apuntes, hojas sueltas, notas, documentos de todas las épocas, manuscritos de sus libros, folletos, etc., y algunos apuntes en páptica que todos copiaré. Agregando a esto la creencia, tancia de que Monsiñor Sanabria tenía una letra sumamente complicada, a veces totalmente ilegible, se puede comprender que existiera todo un mundo de dificultades que no siempre resultaba una labor muy grata.

Como se las arregló el arzobispo para hacer uso de aquel caos de datos y papeles, y más que nada, para encontrar algún apunte existente, sólo el lector podría decirlo. Sin embargo, sobre exactamente cómo trató cada cosa y sin necesidad de tenerlos o sus temas similares, acudía a sus fuentes directamente. Solía ir al archivo o al archivo o al cuarto de trabajo en la casa arzobispal, y allí, depositado a veces de la sotana y de sus atuendos episcopales, colocaba en derredor suyo toda aquella papelería, en el suelo y en mesas y empezaba a hacer apuntes, en un momento se trataba de tener a mano el más acabado y perfecto fichero. De allí salían aquellas obras por las cuales se ha immortalizado entre nuestros hombres de letras.

El recuerdo, probablemente dicho reflejado en sus obras reside en la frecuencia de que él mismo tenía a otro y el tratamiento de los mismos por capítulos en la historiografía, es difícil situar y limitarla a Monsiñor Sanabria.

... es que precisamente sobre la biografía del segundo obispo de Costa Rica, se imponía en ese libro el estudio general que de su época hace Monsiñor Sanabria. La falla lamentable en las obras del gran arzobispo, reside en su falta de método para escribir, que da por resultado cierto desorden inconveniente para la adecuada filiación del tema. Las apremiantes obligaciones de su alta posición y tal vez su mismo temperamento nervioso y dinámico, puede ser que influyeran en este aspecto. Lo cierto es que basta conocer su mismo material particular de trabajo para verse en un laberinto donde el hilo le atrinada se rompe a la entrada. En el Archivo Eclesiástico don Santos José se conserva gran parte de ese material integrado por una cantidad considerable de apuntes, hojas sueltas, notas, documentos de todas las épocas, manuscritos de sus libros, folletos, etc., y algunos apuntes en páptica que todos copiaré. Agregando a esto la creencia, tancia de que Monsiñor Sanabria tenía una letra sumamente complicada, a veces totalmente ilegible, se puede comprender que existiera todo un mundo de dificultades que no siempre resultaba una labor muy grata.

Como se las arregló el arzobispo para hacer uso de aquel caos de datos y papeles, y más que nada, para encontrar algún apunte existente, sólo el lector podría decirlo. Sin embargo, sobre exactamente cómo trató cada cosa y sin necesidad de tenerlos o sus temas similares, acudía a sus fuentes directamente. Solía ir al archivo o al archivo o al cuarto de trabajo en la casa arzobispal, y allí, depositado a veces de la sotana y de sus atuendos episcopales, colocaba en derredor suyo toda aquella papelería, en el suelo y en mesas y empezaba a hacer apuntes, en un momento se trataba de tener a mano el más acabado y perfecto fichero. De allí salían aquellas obras por las cuales se ha immortalizado entre nuestros hombres de letras.

El recuerdo, probablemente dicho reflejado en sus obras reside en la frecuencia de que él mismo tenía a otro y el tratamiento de los mismos por capítulos en la historiografía, es difícil situar y limitarla a Monsiñor Sanabria.

... es que precisamente sobre la biografía del segundo obispo de Costa Rica, se imponía en ese libro el estudio general que de su época hace Monsiñor Sanabria. La falla lamentable en las obras del gran arzobispo, reside en su falta de método para escribir, que da por resultado cierto desorden inconveniente para la adecuada filiación del tema. Las apremiantes obligaciones de su alta posición y tal vez su mismo temperamento nervioso y dinámico, puede ser que influyeran en este aspecto. Lo cierto es que basta conocer su mismo material particular de trabajo para verse en un laberinto donde el hilo le atrinada se rompe a la entrada. En el Archivo Eclesiástico don Santos José se conserva gran parte de ese material integrado por una cantidad considerable de apuntes, hojas sueltas, notas, documentos de todas las épocas, manuscritos de sus libros, folletos, etc., y algunos apuntes en páptica que todos copiaré. Agregando a esto la creencia, tancia de que Monsiñor Sanabria tenía una letra sumamente complicada, a veces totalmente ilegible, se puede comprender que existiera todo un mundo de dificultades que no siempre resultaba una labor muy grata.

Como se las arregló el arzobispo para hacer uso de aquel caos de datos y papeles, y más que nada, para encontrar algún apunte existente, sólo el lector podría decirlo. Sin embargo, sobre exactamente cómo trató cada cosa y sin necesidad de tenerlos o sus temas similares, acudía a sus fuentes directamente. Solía ir al archivo o al archivo o al cuarto de trabajo en la casa arzobispal, y allí, depositado a veces de la sotana y de sus atuendos episcopales, colocaba en derredor suyo toda aquella papelería, en el suelo y en mesas y empezaba a hacer apuntes, en un momento se trataba de tener a mano el más acabado y perfecto fichero. De allí salían aquellas obras por las cuales se ha immortalizado entre nuestros hombres de letras.

El recuerdo, probablemente dicho reflejado en sus obras reside en la frecuencia de que él mismo tenía a otro y el tratamiento de los mismos por capítulos en la historiografía, es difícil situar y limitarla a Monsiñor Sanabria.

... es que precisamente sobre la biografía del segundo obispo de Costa Rica, se imponía en ese libro el estudio general que de su época hace Monsiñor Sanabria. La falla lamentable en las obras del gran arzobispo, reside en su falta de método para escribir, que da por resultado cierto desorden inconveniente para la adecuada filiación del tema. Las apremiantes obligaciones de su alta posición y tal vez su mismo temperamento nervioso y dinámico, puede ser que influyeran en este aspecto. Lo cierto es que basta conocer su mismo material particular de trabajo para verse en un laberinto donde el hilo le atrinada se rompe a la entrada. En el Archivo Eclesiástico don Santos José se conserva gran parte de ese material integrado por una cantidad considerable de apuntes, hojas sueltas, notas, documentos de todas las épocas, manuscritos de sus libros, folletos, etc., y algunos apuntes en páptica que todos copiaré. Agregando a esto la creencia, tancia de que Monsiñor Sanabria tenía una letra sumamente complicada, a veces totalmente ilegible, se puede comprender que existiera todo un mundo de dificultades que no siempre resultaba una labor muy grata.

Como se las arregló el arzobispo para hacer uso de aquel caos de datos y papeles, y más que nada, para encontrar algún apunte existente, sólo el lector podría decirlo. Sin embargo, sobre exactamente cómo trató cada cosa

MONSEÑOR SANABRIA y la interpretación histórica

(Viene de la página anterior)
candidatura. Personalmente, si es que se intentara esa gestión, prefiero que formemos una Academia de la Historia criolla en la que podamos entrar los que nos interesamos por la historia, sin ese requisito de la correspondencia. En fin, ya hablaremos y nos entenderemos. Esta carta la escribo al amigo y no al secretario de la Academia...

Las razones específicas que tan vehementemente movían al P. Sanabria a no aceptar un sitio en la Academia de Madrid, las desconocemos y es muy probable que una vez las manifestó lo ni-

ciera personalmente al Sr. Peralta, según su promesa. No nos interesan, de todos modos por ser parte de su fuero íntimo, en él y en toda persona siempre respetable.

Lo más importante de la carta citada es la idea de la fundación definitiva de una Academia en Costa Rica, pensamiento que tuvo en él siempre a un decidido sustentante.

El ideal, del cual participaban fervorosamente otras personalidades de nuestras letras, fue cuajándose poco a poco. El 10 de julio de 1940 fue creada por decreto Ejecutivo la "Sociedad de

Geografía e Historia de Costa Rica" adscrita al Ministerio de Educación Pública, a la cual se incorporó Monseñor Sanabria, siendo ya arzobispo de San José, el 24 de agosto de 1949 con su admirable trabajo "Genealogías de Cartago hasta 1850" cuyo prólogo leyó en aquella oportunidad. Era ya Presidente Honorario de la Sociedad en virtud de sus méritos.

En mayo de 1954 la Sociedad pasó a ser la Academia de Geografía e Historia de Costa Rica, uno de los ideales del ya fallecido arzobispo, cuya memoria es imperecedera en esa institución.

Precisamente cuando ocurrió su fallecimiento formaba parte de la comisión encargada de hacer los preparativos para la celebración del centenario de la Campaña Nacional de 1856-57.

Aparte de esas actividades, formó parte también Monseñor Sanabria de algunos jurados y comisiones de estudio relativos a temas históricos y literarios. En 1938 presidió con don Hernán Peralta y don Ricardo Fernández Guardia el jurado calificador de un concurso sobre periodismo costarricense organizado por el "Diario de Costa Rica". En 1940 el Colegio San Luis Gonzaga de

Cartago le nombró Bachiller Honoris Causa y en más de una oportunidad le fueron solicitadas del extranjero sus obras para figurar en exposiciones y bibliotecas internacionales. En 1942 la Academia de la Historia de Venezuela lo nombró miembro correspondiente. Asimismo la Sociedad Bolivariana le contó entre los suyos y otras sociedades similares reclamaron su presencia como miembro permanente. Su nombre fue también postulado para ocupar un sillón en la Academia de la Lengua, correspondiente de la Real Española.